

ASOMBROS DE LA LUZ, EN LA TRAYECTORIA POÉTICA DE DOLLY LUCERO

Gloria Videla de Rivero

Universidad Nacional de Cuyo-CONICET

En 1997 apareció un nuevo libro de poemas de Dolly Lucero: *Asombros de la luz*¹. Una vez más la autora nos entrega un libro delicado y fino. Una vez más elige un título pleno de sugerencias.

La autora: Recordaré algunos rasgos de su personalidad y de su biografía. Nacida en Mendoza (Argentina), tiene raíces familiares en las vecinas provincias de San Juan, por el lado paterno y de San Luis, por el materno. En Mendoza realizó todos sus estudios; los universitarios, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, por entonces recientemente creada, cuando Julio Cortázar, Juan Corominas, Rafael Benítez Claros, Bernardo Blanco González, entre otros, formaban el claustro de profesores². De ella egresó con el título de Profesora en Literatura.

España, nuestra Córdoba y Bahía Blanca fueron tres espacios que continuaron marcando su historia intelectual y sus lazos afectivos. En España se doctoró, con una tesis sobre “El Escorial en las letras españolas” (1953). En Córdoba y en Bahía Blanca ejerció la docencia universitaria, que continuó impartiendo luego en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo.

España significó, como para muchos argentinos de su generación y de las siguientes, una marca profunda en sus afectos, en su cultura, en su historia intelectual. Tanto Dolly Lucero como muchos otros egresados que obtuvimos becas de instituciones españolas en las décadas del cincuenta y del sesenta (del Ministerio de Relaciones Exteriores o del entonces Instituto de Cultura Hispánica), volvimos con España en el corazón. La historia, el arte, los caminos, los paisajes, las danzas, la gastronomía, la música, las canciones tradicionales, la literatura de ese país pasaron a ser parte entrañable de nuestros amores.

¹ Mendoza, Stilo, 1997, 52 p.

² La Universidad Nacional de Cuyo fue creada el 27 de marzo de 1939. B. Blanco González enseñó en ella entre 1941 y 1946; Juan Corominas, entre 1940 y 1945; R. Benítez Claros, entre 1947 y 1954 (yendo y viniendo de España durante todo este período); Julio Cortázar, entre 1944 y 1945.

Muchos canalizamos esa devoción a través de la cátedra universitaria. Dolly lo hizo por medio de la Cátedra de Literatura Española Medieval. El encantador Gonzalo de Berceo, el jocundo Arcipreste de Hita, las graciosas serranillas, el delicado Cancionero, el variadísimo Romancero, el riquísimo teatro medieval, desfilaron por sus clases³. El profesor, si no se frivoliza, es semejante a un apóstol o a un sacerdote: es intermediador de algo que lo trasciende ampliamente, que lo sobrepasa, que viene de los siglos, con lo mejor del espíritu humano decantado y acrisolado. Dolly Lucero tuvo la suerte y la misión de transmitir a las nuevas generaciones el sabor de ese período histórico que cristianizó la cultura pagana, que integró a los bárbaros, que creó el arte románico y gótico, que elevó las increíbles catedrales, que hizo de los conventos centros de silencio orante y de conservación y creación cultural.

La literatura de esa Edad Media y del subsiguiente Siglo de Oro han fermentado en la creación poética de esta autora, que así pone el vino viejo en odres nuevos, los de su sensibilidad y de sus vivencias personales. La amalgama de sutiles influencias tradicionales con una temática personal la conducen a crear una simbología propia, un tono, un estilo que la caracteriza. Cuando la tradición no se anquilosa, sigue viviente en lo nuevo, fiel a sí misma pero renovada y acorde con cada época y con cada mundo poético.

Hasta aquí, algunos rasgos de su perfil de estudiosa y creadora. Pero también es importante aludir a su perfil de viajera. Viajar es para ella, seguramente, una forma de ampliar el mundo, de renovarse, de trascender límites, de anudar lazos amistosos, de enfrentar la aventura. De esta inclinación suya resultan la siembra de amigos por “tantas latitudes” y muchos buenos poemas. Para cerrar esta incompleta semblanza de su persona, diré que hay en sus actitudes un toque divertido, un muy especial sentido del humor. Nunca sabemos qué sorpresa puede depararnos un escrito o conferencia suya, tal vez una ironía sutil o una broma delicada. Por ello gusta a veces romper la seriedad de su habitual vestimenta con un rasgo de exotismo: una flor en el pelo, que acentúa sus rasgos fisiognómicos algo orientales, un gorro de piel un poco atrevido.

Su trayectoria poética: Dolly Lucero es de temperamento más contemplativo que activo. De su contemplación de la naturaleza, de su inquirir el propio sentimiento, su propia alma, sus dolores o sus gozos, de su usar como interlocutoras en un diálogo íntimo y profundo a las obras poéticas medievales y renacentistas, de sus intuiciones de lo trascendente, de sus vivencias de lo divino, han nacido sus libros de poemas.

El primero fue *Un día cualquiera de memoria*, de 1973⁴, al que siguieron *Lumbre incierta*, de 1976⁵, *La luz se vuelve llama*, de 1983⁶, *Dimensión del gozo*⁷, de 1985 y

³ Es además investigadora y ensayista. Un listado de algunas de sus publicaciones sobre literatura medieval española puede verse en el libro de Nelly Cattarossi: *Literatura de Mendoza (Historia documentada desde sus orígenes a la actualidad) 1820-1980*, Mendoza, Inca Editorial, 1982, T. II, pp. 453.

⁴ Málaga, Curso Superior de Filología, 1973, 34 p.

⁵ Málaga, Curso Superior de Filología, Tirada Aparte, 1976, p. 283-291.

⁶ Mendoza, Inca, 1983, 76 p.

⁷ Mendoza, Inca, 1985, 66 p.

El hogar invisible, de 1995⁸. A estos libros hay que sumar un conjunto de poemas: “Salgo a mirar la patria”, publicados en 1992 en el *Boletín de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes*⁹.

Un día cualquiera de memoria no parece un primer libro, ese que muchos necesitan escribir para tantear su camino poético. Nació maduro, intenso, por la necesidad imperiosa de expresar un conflicto en busca de catarsis. La pena y el conflicto son las chispas que –en esta primera etapa de su creación– hacen surgir de Dolly Lucero su mejor poesía. *Lumbre incierta* es ya un libro de tono arremansado, inspirado por paisajes y experiencias andaluzas, pero no exento de intimismo confesional:

Caminaba, la he visto,
hacia el mar del olvido,
con las manos abiertas,
hacia arriba.
No llevaba los sueños,
caminaba ya ciega¹⁰.

Con *La luz se vuelve llama* se amplía esa creación poética aparentemente transparente, pero en la que es necesario ahondar para descubrir su profunda coherencia, su visión del mundo, sus imágenes y símbolos predilectos, su clasicismo y su modernidad. Sin influencias literarias demasiado notorias, se percibe en ese libro, sin embargo, un trasfondo de decantadísimas lecturas de la lírica medieval y de algunos poetas del Siglo de Oro español, sobre todo de Garcilaso y, en menor medida, de Lope o Quevedo. Lo medieval pervive en cierta grácil frescura y lo renacentista garcilasiano en el equilibrio delicadamente conseguido o en la suavidad y finura de ciertas imágenes como ésta: “El follaje sostiene el aire/ en su estirpe de azucena”¹¹; o éstas: “El agua enamorada vela/ la ternura del álamo/...y se torna doncella/ gentil entre los sauces”¹².

La modernidad surge, por una parte, de la forma: en todo el libro predomina el verso libre –aunque con tendencia a los endecasílabos y heptasílabos reminiscentes del Siglo de Oro– y la libre agrupación estrófica. Está también presente en la velada sugerencia que esquiva el decir rotundo, o en un simbolismo casi onírico que nos obliga a buscar una realidad más honda bajo la realidad aparente.

El título del libro proviene del primer verso del segundo poema:
La luz se vuelve llama
en el incendio de los árboles,

⁸ Viña del Mar (Chile), Iártole Editorial, 1995, 52 p.

⁹ Julio-diciembre 1992, pp. 131-141.

¹⁰ Ed. cit., p. 286.

¹¹ *La luz se vuelve llama*, ed. cit., p. 17.

¹² *Ibíd.*, p. 31.

en la palpitación ligera
 del anhelo, en el vuelo
 de los pájaros proclamando
 la libertad del aire.
 En la ventana las horas
 marcan el huir de la sombra
 callada en los cristales.

Este poema es clave para la interpretación no solo de este libro, sino también de toda la obra poética de Dolly Lucero. En él están presentes varias imágenes que, con distintas connotaciones simbólicas, se manifestarán en los libros posteriores: la luz, los árboles, los pájaros, el aire, las sombras... En los seis primeros versos del poema el alma de la contempladora se identifica con la luz que incendia las copas de los árboles en el otoño mendocino, con su cromatismo esplendoroso y cálido, con los pájaros cuyo vuelo es aquí símbolo de la libertad. Los tres últimos versos marcan un contraste con el inicial movimiento del alma. Aquel impulso que se identificaba con los árboles, la luz y los pájaros, encuentra su freno en los cristales de la ventana, que si bien dejan ver, marcan un límite. La luz tiene su contrapartida en la sombra; el gozo, en la tristeza; la eternidad, en el devenir de las horas.

Este poema manifiesta una constante en el libro: la presencia o la aspiración al amor en todas sus facetas y a la trascendencia. Pero también la constatación del límite o del fracaso que se llora sin estridencias, sin gritos, sin sollozos, en silenciosas lágrimas interiores, en mansas, casi inadvertibles quejas, en finas alusiones o símbolos.

El motivo del pájaro reaparece en otros poemas del mismo libro. Por ejemplo en "Era un pájaro solo...", el ave gozosamente libre podría simbolizar un anhelo espiritual del yo lírico:

Era un pájaro solo
 en el cielo celeste,
 ensayaba sus vuelos,
 perseguía sus sueños
 sin fatiga ni miedos.

Era un pájaro nuevo,
 alegre, casi místico
 en sus fuertes anhelos.
 Vencedor de distancias,
 en libertad suprema
 de cantos y de alas,
 peregrino del cielo¹³.

¹³ *Ibíd.*, p. 49.

En 1985, Dolly Lucero publica *Dimensión del gozo*¹⁴, libro que consta de dos partes: la primera, que reedita poemas ya publicados en pequeña tirada; la segunda, que agrega nuevos poemas. En ellos se acentúa la expresión de un proceso anímico hacia la serenidad y el gozo interior. Por ejemplo, en el poema “Palomas” dice:

Todo en el aire tiene
 acento de paloma.
 Las alas enmarcan
 la mañana, el ala
 suspende la nostalgia.
 Sólo cantar,
 subir, llegar a los veneros
 en donde todo brilla,
 los cielos profundos
 de la tarde o la mirada azul,
 en la fuente callada.

En 1992 publicó un conjunto de poemas: “Salgo a mirar la patria”¹⁵. Celebra aquí a la patria en doce variaciones que se refieren a distintos puntos y paisajes, desde la montaña hasta los “deltas de los grandes ríos”.

En 1995 apareció un nuevo libro de Dolly Lucero: *El hogar invisible*. Temas y actitudes que antes se insinuaban, ahora cobran mayor presencia. La religiosidad, el vuelo casi místico estaban ya presentes en libros anteriores, como vimos en el poema “Era un pájaro solo...”, de *La luz se vuelve llama*. En *El hogar invisible* el tema religioso se hace más explícito, por ejemplo, en el poema inicial: “Alabanza”:

El alma se refugia
 en las grutas más hondas,
 cala en las orillas
 luminosas, esquivas.
 Las manos puras
 dibujan los signos,
 el ángel canta.

 ¡Júbilo estremecido
 de la alabanza!

Fácil es leer en el poema la descripción de un momento de oración muy íntima. Los versos iniciales: “El alma se refugia/ en las grutas más hondas”, nos recuerda al

¹⁴ Ed. cit.

¹⁵ Ed. cit.

bíblico entrar “en lo escondido de su morada”¹⁶ o a aquel verso de San Juan de la Cruz: “Entremos más adentro en la espesura”¹⁷. Pero no es la suya cualquier forma de comunicación con lo divino. Sabemos que la Iglesia distingue entre varias formas de oración: la de impetración o súplica (para sí mismo o como intercesión por los demás); la de arrepentimiento o pedido de perdón; la de acción de gracias y la de adoración y alabanza. Esta última es siempre jubilosa porque contempla la infinita grandeza de Dios, su infinita bondad, su infinita sabiduría, su infinito poder; porque une su loor al de las creaturas celestes: los ángeles y los santos. La oración de alabanza de algún modo anticipa la contemplación celestial, la visión de Dios cara a cara, ya sin velos. De esta clase es la forma de oración que traduce el poema. Por eso su final gozoso: “¡Júbilo estremecido/ de la alabanza!” (p. 3).

El hecho de que este poema encabece el volumen es anticipatorio del tono que predomina en él, sentimos que se ha acentuado “la dimensión del gozo”, aunque ésta no excluya vaivenes anímicos.

Asombros de la luz: Tras este breve y no exhaustivo recorrido por la obra anterior de la autora, llegamos a su último libro: *Asombros de la luz*. Como los anteriores, tiene este volumen una muy bella y delicada presentación visual. Como los anteriores, ha sido ilustrado por Antonio Sarelli. Dolly Lucero ha encontrado en este pintor mendocino no solo un sensible intérprete, sino también a un creador cuyo mundo pictórico muestra notables afinidades con los poemas que ilustra, en cuanto a espiritualidad y delicadeza.

Asombros de la luz reúne alrededor de cuarenta poemas temáticamente heterogéneos, que continúan pero también renuevan su anterior trayectoria poética. Como en los libros anteriores, hay poemas o fragmentos de poemas, que son oraciones. Por ejemplo “Entrega”:

Yo soy tu criatura
Te entrego mis miedos,
mis fantasmas antiguos
los coloco en tus manos
de infinita ternura... (p. 39)

Como en los anteriores, se traduce la ya mencionada actitud temperamental, más contemplativa que activa, disposición que se expresa en estos excelentes versos:

Dejar que la mañana
penetre en nuestros poros
hasta calar los huesos.
Percibir el instante

¹⁶ Salmo 26.

¹⁷ Cf. *Cántico espiritual*, estrofa 35 y 36.

como un tiempo acabado,
 donde el pasado retorna
 a instalarse en la piel
 con su carga de vida.
 Dejar los desvelos
 del hoy en la nave
 sedienta de horizontes,
 esperar en el brillo
 de una estrella naciente
 los pasos acuciantes del futuro (“La mañana”, p. 41).

Se hace por medio de este poema el examen de una vivencia personal, o tal vez una exhortación al logro de una actitud contemplativa, a compenetrarse con el instante presente, a percibirlo en su plenitud, asumiendo su carga de pasado, sin los desvelos del hoy, sin el afán ni la ansiedad por el futuro. Pasado, presente y futuro concentrados casi atemporalmente, casi como vivencia de la eternidad. Tiempo sin avatares. Instante de paz.

En todos los libros de Dolly, las experiencias de viajes despiertan siempre su sensibilidad creadora. Si bien no me he detenido hasta ahora en esta línea temática, es una constante en sus libros. Entre los poemas de esta índole presentes en *Asombros de la luz* nombraré: “En viaje”, “Marineras”, “Dalcahue”, “El Caribe”, “Costa Rica”, “Nueva York”. Ejemplificaré con un fragmento del poema mencionado en último término, en el que reaparecen los pájaros, esta vez mimetizados con su entorno neoyorkino:

Los pájaros iridiscentes
 de Central Park
 en la mañana airosa
 de una primavera inesperada,
 con sus vuelos meditados
 de ocultamiento y mimesis,
 veloces en la dirección
 elegida, de juegos y de sombras,
 de brillos y estructuras
 claras, nimbados de azul,
 al alcance de la mano,
 estrechando las alas
 inmisericordes del olvido.

Aquí las impresiones de viajes, sin embargo, como también ocurría en los libros anteriores, no son meras impresiones turísticas, captaciones de tarjeta postal, por muy bellas que estas tarjetas sean. Siempre se ve en lo contemplado un ángulo singular, una particular belleza y –a partir de ella– una dimensión anímica o simbólica. Por ejemplo,

en el poema leído, de la polifacética Nueva York no selecciona el cemento sino su principal espacio verde, Central Park. Y en el variado parque, mira solo a los pájaros, motivo reiterado y simbólico. Otro ejemplo: el título del libro, cuya connotación es obviamente celebratoria y espiritual: “asombros de la luz”, surge de la contemplación del mar caribeño:

Donde el reino del azul
se vierte en nubes,
en ejércitos volantes
de esmeradas esculturas
donde todo el asombro
surge de la luz,
disciplinantes esquemas
se yerguen desde el abismo
del mar, hacia adelante... (“El Caribe”, I, p. 20)

La mirada poética no se detiene, como es frecuente, en las doradas playas ni en las tropicales palmeras: contempla los cielos, el movimiento de las nubes, la luz, la móvil arquitectura del mar.

También la contemplación de la belleza y de la serenidad de la creación es un acicate para el vuelo espiritual y –nuevamente– para la alabanza, en este poema titulado “Marineras”, inspirado en un paisaje de Sicilia:

Las barcas quietas
en el mar en calma.
Corrientes subterráneas
inventan el azul
intenso, suave,
señalan lo profundo.
.....
Las gaviotas, cordiales,
comienzan sus ritos
mañaneros. Más allá
avanza todo el horizonte.
El alma en vuelo
reinventa los himnos
de gracia y de alabanza (p. 14).

Junto a la constante de las impresiones de viajes, en el libro reaparecen otros motivos axiales de la obra conjunta, como los pájaros y los árboles. Por ejemplo, en el ya citado poema “Nueva York”, o en “Beija-flor” (p. 36) o en “Vigilia” (p.37) o en “Vigía” (p. 34) o en el titulado “Los pájaros” :

Los pájaros
imagen de los ángeles,
circundan el árbol
y visitan mis días.
Sus vuelos rasantes
señalan el tiempo
lineal de las horas,
que se suman silenciosas
hasta alcanzar
la cima del minuto perfecto,
cuando mis ojos vean... (p. 40)

Son en este caso los pájaros ligados al tiempo calendario, a la sucesión de las estaciones y del tiempo en general, que desembocará en la hora de la muerte. A ella alude poéticamente al decir: “cuando mis ojos vean”.

Sin pretender agotar las líneas temáticas del libro, diré que hay poemas evocadores de personas queridas, ligadas a la infancia, por ejemplo “Ecos”, referido a un tío, hermano de su madre: “...Eran para todos/el saludo amable,/el consejo cierto,/ el abrazo fraterno,/ la ternura de su mirar/ sereno, la alegría,/ el vuelo de palomas/ de sus manos blancas”.) o en “Imagen”, donde evoca a su padre:

Llegaba montado en su alazán
de cascos retumbantes, seguros.
Era nuestro regalo de los domingos
lentos... (p. 47)

Existe en el libro otro curioso grupo de poemas, más lúdicos, o de ensoñación, en los que aparece una presencia amiga, capaz de atravesar muros y puertas cerradas o de caminar dócilmente por los caminos de los sueños:

Hoy te he llevado de la mano
—con tu permiso—, claro, por
múltiples veredas de los sueños.
En la fresca mañana del otoño
caminas, sin saberlo, por senderos
que te marcan mis pasos;
conversas con los niños y los pájaros,
saltas las acequias y los charcos... (“Lianas”, p. 45)¹⁸

¹⁸ Cf. también “Visitante” y “Memoria.

Cerraré mi comentario de *Asombros de la luz* con palabras de Manuel Alvar a propósito de este libro: “Dolly Lucero tiene una voz suave y llena de cadencias. Lo ha demostrado en todos sus libros de poemas y ahora ofrece el reposo aprendido en un mundo inmenso de lecturas literarias. Porque el mundo de la investigación no le ha dado una sabiduría agresiva, sino un remanso de paz aprendido en los hontanares más serenos, digamos la poesía tradicional o los viejos cancioneros. Hoy, este libro tan hermoso, reverdece la serenidad de que tanto necesitamos. Ni una voz estridente, ni un verso torturado. Una cadencia sorprendida y unos gestos contenidos... Creo que es ésta la poesía de Dolly Lucero: un recatado sentimiento y un suave acomodarse sobre el propio, e intransferible dolor...”¹⁹.

Alvar ha captado bien las notas principales de este libro: serenidad, contención, recatado sentimiento, pudoroso dolor pero también gozo contemplativo, intuición de lo trascendente a partir de la realidad circundante, asombro por todo lo bello y bueno que el mundo deja entrever o ver. *Asombros de la luz*.

¹⁹ Comentario inédito, fechado el 11 de febrero de 1997.